

LA RECIA PERSONALIDAD DE UN AMIGO

Helios PADILLA*

Escribir sobre un amigo desaparecido resulta difícil, no quiero decir doloroso porque es una palabra que no se adecuaba a la personalidad de José Luis Ceceña Cervantes. En nuestros últimos encuentros en el Instituto de Investigaciones Económicas cuando me narraba los tratamientos a que estaba sometido, jamás hubo una queja o una exclamación que ameritara compasión, sino por el contrario, exceso de signos vitales, un deseo de luchar y vivir afrontando las circunstancias cualesquiera que ellas fueran; el recio carácter aún le permitía bromear de su estado y aseguraba que podía publicar un catálogo de padecimientos y su recetario médico.

Los primeros recuerdos se asocian a los días espléndidos de la infancia, cuando en los jardines de la Ciudadela (ignorantes de su significado histórico) montábamos en los cañones de ornato y de ahí dirigíamos imaginarias batallas en las cuales desde luego siempre resultábamos vencedores; posteriormente era pasar a la vieja casa de Bucareli donde la merienda era servida dando final a la aventura.

Más que simples amigos y compañeros existía una similitud por cuestiones comunes, originarios del estado de Sinaloa, hijos de padres que cultivaban una amistad con la misma profesión y por afinidad económica, teníamos que coincidir en esa etapa en la cual la familia impone el medio y las relaciones en una forma determinante.

El inicio temprano de esa amistad significó unas bases tan firmes, que el transcurso de los años y los distintos caminos por los que la vida nos fue llevando, no pudieron deteriorar y cuando existía

la oportunidad de una participación común eran notorios los lazos reforzados de ella.

Durante la época preparatoria 1953-1954 nuevamente nos frecuentamos en una actividad poco conocida dentro de la trayectoria de José Luis la de jugador de fútbol americano en el equipo Bachilleres.

Como deportista y practicante de este juego destacó José Luis como en todas las actividades que emprendió durante su corta pero fructífera vida.

Aún están frescos en mi memoria los interminables recorridos en el camión que nos transportaba del Deportivo Elías Calles donde entrenábamos, hasta la Colonia Guerrero, recorrido que aprovechábamos para comentar los incidentes de los juegos y nuestra situación en el equipo.

La dureza de este deporte, más en sus inicios, debe sin lugar a dudas haber contribuido a modelar el carácter de José Luis, otorgándole la firmeza de convicciones y el espíritu de lucha que siempre demostró.

Más tarde ingresamos a la Escuela Nacional de Economía, eran los años de 1955, aún no flotaban en el ambiente los aires de la crisis del sistema que en el 1968 habrían de cambiar las conciencias y el mito de la juventud rosada.

El grupo donde nos inscribimos se caracterizó por contar entre sus alumnos a hijos de profesores de la Escuela; así teníamos como compañeros a Claudio Silva Herzog, a Jorge Tamayo, que junto con José Luis y yo, constituíamos la presa obligada de los maestros quienes nos cuestionaban, ya que «eres hijo de fulanito, debes haber estudiado mucho, por lo tanto me contestarás lo que sigue», etcétera, etcétera.

Creo que eso contribuyó mucho a que sobre todo José Luis, buscara siempre la forma de superarse en la carrera y destacar en ella, situación que manifestaba con aire humorístico cuando afirmaba que siempre le llevaba delantera a su padre, en haber sido Director, en haberse recibido y quizá lo que nunca pasó por su mente, en haber iniciado antes que él, ese camino sin regreso a la eternidad.

José Luis fue uno, si no el primero de los que logró en un corto lapso recibirse como Licenciado en Economía; por cierto, debido al trabajo que presentó, en el grupo de amigos comunes se le conoció como el «tomatito sinaloense».

Quiero hacer mención en este momento que el objeto de escribir estas páginas no pretende ser el de juzgarlo o presentarle como estu-

* Economista, profesor de la UNAM.

diante o profesionalista ni como autor ni crítico brillante del sistema, eso corresponderá a otra gente más capacitada y conocedora de su obra; mi papel es muy sencillo, unirne a este pequeño homenaje en recuerdo a José Luis y escribir sobre la amistad que profesamos.

Hecha esta aclaración, volviendo sobre el tema. Estando a cargo de la coordinación de Economía en la ENEP-Aragón, UNAM, invité a José Luis a participar en un Seminario sobre «Desarrollo Económico en el Centro y la Periferia» donde, junto con Paul M. Sweezy y Harry Magdoff, demostró ser un economista brillante y conocedor de la situación imperante en nuestro país.

Recuerdo que José Luis me comentó que viajando a Sinaloa, leyendo una obra de Paul M. Sweezy había descubierto una equivocación y que en ese momento iba a discutirla con el propio Sweezy, lo que de inmediato efectuó con una claridad y profundidad que dejaron gratamente impresionados a los participantes al Seminario.

Esa fue la última ocasión que tuve oportunidad de verlo en plenitud de facultades, la terrible enfermedad había empezado a causar estragos en su organismo; al año siguiente cuando lo encontré en el Instituto de Investigaciones Económicas sólo quedaba su sombra y su ánimo; fue impactante el apreciar cómo una enfermedad puede atrofiar el físico y en este caso dejar incólume la voluntad, el pensamiento y la capacidad de entender los mecanismos sociales.

Ahí estaba José Luis y hasta los últimos momentos de su vida, luchando por lo que él creía justo y equitativo; en estos momentos me apego al decir de García Márquez, cada gesto cada palabra y aún los actos más naturales de alguien, cobran una significación espectral después de su muerte.

Así, con José Luis, el espectro de su voluntad, de su perseverancia, de su crítica severa quizá fueran los aspectos más negativos de su personalidad, pero al mismo tiempo los más conmovedores y espléndidos que siempre guardaremos en nuestra memoria.